



Andrés Ortega

Sin alma



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

ANDRÉS ORTEGA

Sin alma

Galaxia Gutenberg
<i>Círculo de Lectores</i>

Poco antes de perder la consciencia –a punto, hubieran dicho otros, de perder el alma–, en un momento en el que estábamos los tres solos en su habitación de la casa de Zurbarán, nuestro padre nos pidió a mi hermano Alberto y a mí que nos acercáramos y en un murmullo ya apenas audible nos rogó: «No dejéis que vuestra madre me traiga un cura». No tenía ya casi fuerzas, aunque todavía las suficientes para expresar esa última voluntad, que acompañó con una mirada tierna, como de despedida, mientras su hijo mayor le pasaba la mano por la pálida frente salpicada de gotas de sudor. Pareció agradecerlo. Hay algo en los que dejan la vida, como en los ancianos, que les hace buscar el contacto físico con sus seres queridos, y si no los tienen, con las personas más próximas en esas circunstancias. Nuestro padre, persona poco emocional, nunca antes había buscado ese tipo de contacto con nosotros, ni siquiera en nuestra infancia. Pero sí en esos últimos momentos.

Nos sorprendió un poco esa última instrucción, como si fuera lo que más le importara a este hombre al borde de su final. Pero la comprendimos, y le prometimos que se cumpliría su voluntad. Además de no creer en una vida posterior a ésta, su preocupación en esos últimos momentos, acabados de cumplir 75 años, una edad más que respetable, era no sólo ser consecuente con sus ideas e investigaciones de toda una vida, sino evitar que como les

había pasado a tantos antes que a él, su legado intelectual quedase salpicado por algún traspiés involuntario que, una vez inconsciente o muerto, no podría parar. Aunque sabía que en esta España este legado quedaría silenciado, esperaba al menos poder ser recordado en otros tiempos mejores que creía cercanos, aunque ya no los fuera a vivir. Confiaba en sus hijos para proteger su voluntad cuando ya no pudiera expresarla. No tanto, para una demanda de este género, en su esposa, doña Candelaria, a la que llamaba Candela, creyente, aunque no fervorosa, desde luego no tanto como lo fuera doña Silveria Fañanás, la mujer de su mentor, don Santiago Ramón y Cajal, fallecida antes que el Premio Nobel.

Mucha gente, la que no los conocía a fondo, se extrañaba de cómo, dadas sus actitudes tan contrapuestas ante la religión, doña Candelaria y nuestro padre se hubieran podido enamorar y vivir con tanta armonía durante todos estos años, sin grandes disputas, salvo las habituales en los matrimonios. No había de qué sorprenderse. Matrimonios con visiones dispares sobre la religión –la católica, claro está, pues en esta España no hay prácticamente otra, salvo para algunos pocos judíos y protestantes– han sido cosa habitual desde siempre, cuando tantos había aún de conveniencia. Lo cual no era el caso, pues nuestros padres se habían conocido y enamorado cuando él era un estudiante de Medicina en la facultad de San Bernardo, y ella una chica guapa y divertida, de familia acomodada y culta, si bien, como era la norma entonces entre las mujeres, no estudió ninguna carrera. El de nuestros padres, en los albores del siglo, fue, por lo que nos han contado, el primer matrimonio de amor en la familia, pues los anteriores habían sido, en general, concertados. Era esta una de las grandes revoluciones recientes, al menos en algunas capas sociales, aunque seguramente también llevó a los múltiples divorcios que se registraron una vez que los permitió la

República. El Profesor pensaba que el amor acabaría cargándose la institución del matrimonio, pero a pesar de que repetía a menudo esta idea, nunca llegó a desarrollar su fundamento.

Estos matrimonios de personas con ideas muy diferentes sobre la religión funcionaban, y siguen funcionando, como si la cuestión religiosa que algunos consideran tan central, tan importante, pudiera, efectivamente, aislarse de lo que importa realmente en la vida cotidiana, al menos en la esfera privada. Algo similar pasa también con el matrimonio y la política. Aunque de ésta no se habla ahora mucho en esta España; sólo se susurra, tras aquellos años de tanto debate que acabaron en tragedia.

En tales matrimonios no cabe hablar de tolerancia, sino de convivencia. Cada uno acepta al otro como es, con sus creencias, y en algunos casos, ideas dispares. Eso sí, el Profesor siempre había reconocido la importancia, para mal y para bien, de la religión como cemento social. Pese a que a menudo se piense que la religión es algo personal, él la veía como algo esencialmente público, como uso. Y en esta posguerra, los usos vienen en buena medida impuestos por el Régimen, y de su mano –¿o acaso es al revés?– por la Iglesia. Pues éste es un régimen en el que se dice que sí que hay libertad religiosa: la de elegir los domingos entre ir a misa de once o de una.

Esa mañana seca y soleada, calurosa, de julio, el Profesor –así le llamaban casi todos, incluso a veces nosotros en familia– había amanecido bastante despejado, si bien con un comentario, por segundo día consecutivo, que había impresionado a los que lo habían escuchado, aunque algunos, por compasión, lo compartiésemos: «No tendría que haberme despertado». Ante el dolor y la falta total de perspectivas vitales, salvo su inevitable final, él hubiera preferido caer rápidamente en la muerte y en la nada, sin enterarse, mientras dormía. Hacia el mediodía, sus deseos se

vieron parcialmente cumplidos. Entró en la inconsciencia que tanto anhelaba tras semanas de sufrimiento.

La enfermedad le había tenido postrado los últimos meses, con un doloroso cáncer de estómago, aunque con la cabeza siempre despejada e interesado en lo que ocurría en España y en el mundo. Poco después de acabada la Guerra, no sin dificultades, le habían operado y sacado la mitad de sus interiores. Pero el mal volvió a reproducirse y a extenderse en una metástasis para la que no había solución. No sólo había sido mejor no esconderle las cosas, sino que como médico, supo desde un principio perfectamente lo que le pasaba, y lo que le iba a pasar. No le tenía miedo a la muerte –ni compartía la filosofía agónica de su, sin embargo, admirado Miguel de Unamuno– sino al tránsito hacia ella. El miedo al dolor, dolor que, decía, llega a librar de la angustia ante la muerte próxima. Temía lo difícil que puede resultar morir, pues morirse, muchas veces cuesta. Pero para ayudar en este trance, a medida que aumentaba el padecimiento, contaba con su buen amigo el doctor Griñón, un médico compasivo, que le fue administrando unas dosis crecientes de morfina que, junto a la propia enfermedad, ayudaron a poner término a su vida de una forma más soportable.

Reposaba en una cama alta con postes y cabecera de latón, y baldaquín de puntilla blanca. Es la que había compartido con su Candela durante más de cuarenta años, siempre con sábanas de hilo, incluso durante la Guerra, en los veranos calurosos de la Villa, como éste de 1948. Era la suya una habitación amplia, con una ventana que daba a un patio no por interior menos claro, amueblada con un gran armario ropero de madera oscura con dos puertas cubiertas con un espejo de cuerpo entero y una enorme cómoda, calasera la llamaba, pues se la habían regalado en su boda unos amigos catalanes, cubierta de un mármol blanco vetado. En una pared colgaba una buena copia al

óleo de uno de sus cuadros favoritos, el *Perro semihundido*, de Goya. Y en otra, uno de Ricardo Baroja, regalo del propio pintor, hermano del novelista, que representaba el madrileño Chamartín frío y vacío de 1914, con dos árboles pelados y dos viejas como esperando a la nada.

Para refrescar la habitación, como hacía tanta gente en este Madrid tan seco, nuestra madre había colgado por fuera de la ventana una sábana blanca mojada que dejaba pasar el aire con una cierta sensación de frescor. En consecuencia, la luz no parecía natural, sino algo mortecina, aunque más que suficiente, pues tampoco el enfermo reclamaba, como Goethe, uno de los grandes escépticos sobre la vida tras la muerte, en su lecho, más luz.

En una esquina, en una gran butaca forrada de terciopelo marrón claro con reposapiés, se había sentado mientras había podido el Profesor para leer en esos meses finales de enfermedad. Literatura –novela, pues no era muy dado a la poesía salvo la de los Machado y de Lorca–, ensayos y ciencia. Nunca había perdido su interés por los últimos descubrimientos y avances, aunque no fueran los de su especialidad, que seguía a través de diversas publicaciones o artículos que le enviaban amigos o conocidos. Así, una de las últimas cosas que le había fascinado, y de la que le habían informado por carta sus correspondientes, era que a principios de este año 1948 un físico ruso nacionalizado estadounidense, George Gamow, había planteado la hipótesis, partiendo de la teoría de la relatividad de Einstein, de que nuestro universo se había generado a partir de una gran explosión primordial. Incluso antes de las últimas guerras, nos había recordado para remachar que hay mucha gente a la vez religiosa y científica, hubo un jesuita belga que había propuesto, en base al estudio de las nebulosas en espiral, que el universo había empezado con la explosión de un átomo primigenio. El Profesor pensó: «He aquí un nuevo problema para la ciencia, pero también

para la religión. Si esta hipótesis cobra peso, se demuestra y se difunde, los chicos que se eduquen en ella tendrán otra idea del mundo, cambiarán sus percepciones». Pues él siempre había pensado que las referencias básicas en la niñez y juventud acaban acompañándonos toda la vida y marcando la visión del mundo de cada cual. Cambiar estas maneras de pensar que se absorben al principio, decía, no resulta nada fácil. El peso de la razón tiene que superar unas creencias que han arraigado a menudo en nuestras más profundas memorias y emociones.

Es difícil saber si en esos últimos momentos estaba pensando en la ciencia, en la explosión primordial que tanto nos empujaba a los humanos aunque nos engrandeciera poder saberlo, en la vida o en la muerte, en su muerte. Quizás recordara cuando creía, en su primera juventud, que con la muerte se le aclararían muchas cosas. Conocería. Pero no, con la muerte, se había convencido hace tiempo, al contrario, se acaba la capacidad de conocer. De hecho, deja de tener sentido alguno el concepto de «conocer» pues ya no hay sujeto que conozca. O quizás no estuviera realmente pensando en nada bajo el influjo de la droga.

Justo cuando acabábamos de salir los hijos del dormitorio, el Profesor perdió el conocimiento. En ésas entraron su esposa, su hermana Ramira, pía como ella sola, y, con sus largas sotanas negras dos sacerdotes, los padres Aljimiro y Ulpiano, habituales de esta casa. Con ellos el Profesor había entablado una relación hacía ya un tiempo, más intelectual que otra cosa por su parte, pero que había llevado a lo que consideraba una cierta amistad, a pesar de sus diferencias en la manera de pensar. El primero, mayor, le pidió a mi madre, a las puertas de la viudedad, permiso para dispensar al moribundo la Extremaunción, a sabiendas de que no se lo negaría, seguro como estaba de las creencias religiosas de doña Candelaria y más

aún de las de Ramira. Estas accedieron de pleno corazón, en un intento de salvar a un descreído en el umbral de la muerte. El padre Aljimiro, ayudado por el padre Ulpiano sacó sus óleos, mojó la punta de dos dedos de su derecha, hizo tres veces con ellos la señal de la cruz en la frente del moribundo y en cada una de sus manos, y pronunció los rezos al uso en un latín que ninguno de los presentes, salvo el otro sacerdote, entendió, pero no hacía falta para comprender su significado. Es lo que había querido evitar nuestro padre. El pobre, incluso si hubiese tenido voluntad de algo, aunque fuera tan sólo una voluntad negativa, no podía ya expresarla.

Mi hermano Alberto y yo habíamos vuelto a entrar, sin osar objetar pues la decisión había sido de nuestra madre. Pero nos embargó de inmediato un sentimiento de culpa por no haber sabido defender y hacer cumplir la única última voluntad que nos había expresado nuestro padre. Nada más terminar el rito, el estertor que le había venido acompañando durante los últimos minutos se hizo más pronunciado. Tras un ronco resoplido final, y sin haber vuelto a abrir los ojos para una última mirada, el silencio. Como un descanso. No sufrió en sus momentos finales. En este país donde, como decía un amigo suyo escritor, lo que más divierte al prójimo es que muramos a ser posible entre horribles tormentos, el Profesor, en su trance final, se había librado de esto último, aunque había sufrido durante meses.

Todos dimos por supuesto que el Profesor había fallecido, y el doctor Griñón lo confirmó en seguida. En lo que pareció un breve espacio de tiempo llegó esa impresión de cambio de aspecto. Esa desaparición repentina de la vida, de la energía vital, esa falta de expresión, o, mejor dicho, la expresión, la última, de la muerte, el cambio de color que se acentuó enseguida, y unas horas después, el *rigor mortis*. Doña Candelaria se echó a llorar, pero probablemente

esperanzada de que en el último momento su marido hubiera salvado su alma y fallecido en brazos de la Iglesia.

El padre Aljimiro salió de la habitación ufano, y no pudo contenerse de proclamar a los presentes en la casa lo que iba a repetir fuera en las horas y días siguientes a quien quisiera escucharle, que el Profesor había muerto, no confesado ni arrepentido, mas sí al menos «en paz» tras recibir el séptimo, y habitualmente el último, de los sacramentos. Y había expirado, justo tras ello, como si desde su inconsciencia hubiera estado esperando ese momento para soltar las amarras con la vida en un último arrebató de fe. Para el sacerdote, al final de su vida el Profesor, casi por medio de una intercesión divina, había vuelto al redil de la Iglesia, e insistió una y otra vez en que había esperado a recibir la extremaunción para echar el último aliento. Misión cumplida. Uno más salvado.

La Iglesia, que no le había perdonado al científico sus teorías, había conseguido una pequeña victoria final, una penúltima –la última llegaría después– venganza en el lecho de muerte, aprovechando que estaba inconsciente y no podía defenderse. Era justamente lo que había temido el Profesor, lo que, salvando las distancias, la Iglesia anglicana había hecho con Charles Darwin al hacer correr la voz de que en la cercanía de la muerte había regresado a la fe. En realidad Darwin, que estudió Teología Anglicana en la Universidad de Cambridge, nunca fue un ateo sino que se fue decantando gradualmente hacia el agnosticismo. Pero las autoridades anglicanas consiguieron sembrar la duda, esperando que el final marcara todo el sentido de la vida del gran científico. No fue así. Tampoco para el Profesor.

De la muerte de los demás, y menos aún de la perspectiva de la propia, se habla poco, pese a su importancia. ¿O quizás no la tenga tanto? «Eso es lo que ha logrado nuestra sociedad. Aunque nosotros, los médicos la vemos, la vivimos y luchamos contra ella a diario», decía el Profesor. «Tendemos a esconderla, para sólo celebrarla –valga la expresión– una vez ocurrida, en los funerales».

El primer muerto que uno ve en la vida marca, pero si la vivencia es a una edad temprana no se la suele asociar a la finitud de la vida de uno, sino de los demás. En la existencia de cada cual uno suele vivir varias muertes ajenas, pero, realmente, morir, lo que se dice morir, se ve morir a poca gente, aunque en tiempos de guerra, como ha ocurrido en España y luego en Europa y en el mundo, la experiencia directa de la muerte ajena se multiplica. Lo más habitual es haber presenciado algún fallecimiento de eso que se llama muerte natural, ya sea debido a la enfermedad o a la edad, pues también se muere de viejo. Al Profesor, como a sus hijos ya de adultos, nunca nos había dado la impresión de que quedara nada de los muertos, salvo su cuerpo destinado a la podredumbre o al polvo, y el recuerdo y la pena –alegría también para algunos desdichados– de saber, en algunos casos, que no se les volvería a ver más. Nunca. Se suele hablar de los restos mortales, un término que usan incluso aquellos que no creen, pero ¿por qué lla-

marlos así, se preguntaba a veces nuestro padre, como si realmente hubiera otros inmortales?

Claro que hay muertes y muertes. «El problema no es la muerte, sino morir», decía el Profesor. Los hay que lo hacen con elegancia. Un familiar nuestro, el tío Eduardo, había fallecido unos meses antes, y realmente debió haberlo presentado. Adinerado sin ser rico, se despertó un día, poco después de cumplir sus 96 años, y, de alguna manera, supo o intuyó que iba a morir. Le pidió a su criado, pues lo tenía, que le prepara un buen baño, se lavó bien, incluido el poco pelo que le quedaba, pues era persona muy pulcra y quería fallecer lo más limpio posible, y así se lo hizo saber. El criado le secó bien, le puso los polvos de talco en las partes, le vistió con uno de sus mejores trajes. Luego nuestro tío le dio un cheque por unos atrasos que le debía y algo más, le pidió que fuera al banco a cobrarlo, y cuando se hubo marchado, se tumbó en la cama y, simplemente, se murió. Le encontró el criado a su regreso plácidamente muerto.

El Profesor nunca apreció nada trascendente en ninguna de las muertes y en ninguno de los muertos, y eso que las presencié numerosas como médico, por lo que sabía lo que era el aspecto y el olor de cadáver, y más marcado, el de varios cadáveres juntos. No veía nada trascendental en una muerte por accidente. Tampoco en un soldado, o un miliciano, caído bajo el impacto de una bala o fusilado, o en otro abatido que uno encuentra prostrado en el suelo, con un agujero manchado de sangre, y que se descubre al abrir un portón en un casón o en un piso donde se ha desarrollado un tiroteo, o asesinato, como le había pasado en más de una ocasión.

Tampoco produce una sensación de trascendencia el muerto que se queda en una mesa de quirófano. Algo más un anciano o anciana que ha vivido mucho, pues con él uno tiene la sensación de que se acaba, a veces, una gene-

ración, se pierde una parte del saber que no se acumula. Se quiebra, porque hasta entonces parece haber tenido una cierta continuidad, la llamada trayectoria vital, desde el nacimiento que nos han contado y que nadie recuerda hasta esta muerte tardía e incluso deseada por tanto anciano cansado, agotado, de vivir. No puede sorprender que, comparativamente, se suiciden más ancianos que jóvenes. Por algo será. Aunque a menudo, a veces con dolor y dificultad, la gente mayor, los ancianos, no parecen morir sino apagarse, difuminarse como los ingleses dicen de los viejos soldados. Ocurre en ocasiones que la muerte, el irse muriendo, no es un acontecimiento puntual, como en los accidentes o en el campo de batalla, sino un proceso lento y gradual, con la ancianidad o una larga enfermedad.

Pese a que lo es, la muerte vivida desde fuera muchas veces no parece algo natural. No lo es, desde luego, la muerte de un niño o de un hijo, que provoca un dolor que no aplacan los amigos y que nunca acaba de desaparecer en los padres. La Guerra había producido la muerte de muchos hijos jóvenes, además de adultos padres y madres de niños, dejando también muchos huérfanos, y revolviendo la naturaleza del paso del acontecer humano.

Los cementerios militares impactaron más a nuestro padre que los civiles. Al Profesor, que los visitó en 1937, le impresionaron profundamente los de Verdún, de la Primera Guerra Mundial, en los que las cruces se pierden en el horizonte marcando como una mar de muertos, con un lote especial para los musulmanes caídos en defensa de Francia. Verdún, donde se libró una de las más sangrientas batallas de esa contienda, reflejaba para el Profesor la ceguera de las guerras, especialmente de ésta, la del 14, en la que las partes se metieron mandando a sus soldados con el convencimiento de que regresarían victoriosos en unos pocos meses, o como la nuestra, que en seguida vi-

mos que duraría de forma cruel. Pero contemplar esos campos de cruces en Verdún no le inspiró a nuestro padre ningún sentido religioso que le hiciera rectificar sus puntos de vista. Todo lo contrario. Sólo la idea de la barbarie humana, tan humana.

Tampoco el año pasado la muerte de Manolete en la plaza de Linares por una cornada del tristemente famoso Islero le produjo ningún sentido trascendente, salvo para el arte, en el que ha dejado un enorme vacío a los aficionados, entre los que se contaba el Profesor. Aunque después de la Guerra, la falta de medios y la pereza le habían alejado de las plazas. Pero el recuerdo de la clase de Manolete y de sus pases perduraría. «Manolete no ha muerto aún», había dicho el Profesor al conocer la tragedia. «Aunque irrepetible, algo queda».

A menudo, más que la muerte en sí, impresiona a los vivos en el sepelio el momento en que desciende el ataúd al fondo de la fosa, o cuando se cierra el nicho. En un poema que lleva por título «En el entierro de un amigo», escribió Antonio Machado, creyente él en que después de la vida había algo, unos versos que me vinieron a la mente al ver descender el ataúd de mi padre en la sepultura familiar de la Sacramental de San Isidro, al otro lado del Manzanares:

Y al reposar sonó con recio golpe.

Solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio.

Eso fue, perfectamente serio.

Para el Profesor —en esto no era muy original—, la emoción más profunda del ser humano por encima del amor, es el miedo. El miedo que debemos llevar en nuestros cerebros desde los tiempos en que los humanos éramos per-

seguidos por los depredadores. El miedo a la locura. Y el miedo a la muerte que llevamos como inscrito en nuestros genes. No a la muerte de otros, o de los otros, sino a la propia. Un miedo comprensible, que nos ata a la vida, pero que con la civilización, al menos la nuestra, tendemos a esconder. El afán de supervivencia biológica parece estar en los códigos genéticos y en los códigos de las religiones. Es una idea poderosa que nuestro padre reconocía.

El Fausto de Goethe afirma que en la religión «el sentimiento lo es todo». Del sentimiento –antes que de la emoción– religioso, «se trata, mucho más que de teología», había insistido mi padre. De ese sentimiento se nutre este miedo desde tiempos inmemoriales, quizás los mismos que han acompañado al ser humano en la Tierra. «El miedo fue lo primero que produjo dioses en el mundo», escribió ya en el siglo I el poeta latino Estacio. Y según Esquilo, «el miedo supremo es el miedo a dios», con lo que, desde esta visión, el miedo a la muerte se convierte en miedo religioso. La muerte ha sido muchas veces calificada de *mysterium tremendum*, un misterio que hace temblar, aunque no lo lograra con el Profesor. Quizás los antiguos lo habían resuelto mejor con la Parca, la de la guadaña, personificando a la muerte como actor, más que como algo que simplemente ocurre.

Mucha gente ha dicho, sin pensarlo, que la vida consiste en aprender a morir. Una pérdida de tiempo, pues no se aprende. Si acaso, uno se resigna, y aprende a vivir con esta perspectiva. Un cierto vértigo y angustia nunca nos suele abandonar, no ante la inevitabilidad de morir sino de saber que será imposible sentir haber muerto. Como insistía siempre el Profesor, es difícil pensar en después de la muerte de uno sin una referencia, sin un punto de anclaje, ficticio, a uno mismo. Es una experiencia inaccesible, pues es difícil, por no decir imposible, decía, imaginarla al no haber un sujeto que la experimente. No

estamos allí para imaginarla sin nosotros mismos. «Inténtenlo», provocaba a menudo, «y ya verán como siempre aparece un yo, o un rescoldo de un yo, que no debería estar ahí cuando uno imagina su propia muerte».

Pero no hay yo que quede. Salvo que se piense en el alma. La idea del alma, de una individualidad que sobrevive a la muerte, decía el Profesor, es una forma de reducir la incertidumbre que se siente ante la muerte.

Sus investigaciones profesionales a lo largo de varios lustros le habían llevado a la conclusión de que el alma, como algo que sobrevive a la muerte, es una hipótesis que no sirve para explicar nada. No se trataba de algo realmente original como planteamiento. Hay mucha gente, muchas culturas a lo largo de la historia, que no han creído ni creen en una vida después de la muerte. Pero para el Profesor no era cuestión de creencia, sino de apoyar sus ideas en sus investigaciones neurológicas e históricas. Para su visión científica, no había necesidad alguna de un concepto religioso, en el sentido de que el hombre sea alma en cuerpo como señala una parte de la teología cristiana, sino tampoco físico. Cuando Napoleón le preguntó a Laplace sobre la necesidad de dios para explicar el sistema solar, el matemático francés le contestó: «Sire, no necesito tal hipótesis». Tampoco el Profesor, para el alma.

Dicho esto, no era un ateo simple. No era como ese cardenal ya viejo y resabido del chiste que le gustaba contar, que en un cónclave para elegir Papa se acerca a uno de los nuevos y más jóvenes y le pregunta: «¿Y usted sigue creyendo en Dios, o ya conoce el secreto?». El Profesor consideraba que, intelectualmente hablando, el ateísmo vulgar decía poco, incluso si, como pensara Robespierre, fuera algo aristocrático, para los menos, para los pocos. Hay gente, señalaba, que empieza a pensar que, como tantas otras cosas, llevamos la idea de dios en nuestros genes, o en nuestros cerebros. Aunque habrá creyentes

que piensen que puede que su dios nos haya creado así para poder establecer una relación con nosotros a través de nuestros cerebros. Para el Profesor, solía decir, la idea de dios, sobre todo de un dios personal, tenía mucho de invención humana, Según el Génesis «dios creó al hombre a su propia semejanza». Según Aristóteles, le gustaba recordar, «los hombres crearon a los dioses según su propia imagen», proyectaron su imagen sobre los dioses, y algo así pudo pasar también con el alma. Hay religiones –si así se les puede llamar a algunas de estas tradiciones y formas de pensar– ateas, o sin ningún dios personal, como el budismo culto, el platonismo, el sintoísmo. Eso le interesaba más, aunque nunca llegó realmente a profundizarlo.

En todo caso, consideraba que, incluso en las religiones más asentadas, la idea de dios –o de dioses pues el politeísmo sigue muy presente incluso en el cristianismo con sus santos–, ha evolucionado y sigue evolucionando como concepto. No es algo fijo. Cada cual puede tener una idea de dios distinta. Incluso cada Papa tiene una idea de dios diferente, le había admitido el padre Aljimiro en una ocasión.

En el Profesor había influido bastante el matemático y filósofo Bertrand Russell, que nunca se había declarado ateo, sino agnóstico. «No afirmo dogmáticamente que no hay dios. Lo que sostengo es que no sabemos que lo haya», dijo el británico. Pero Russell estaba mucho más opuesto a la religión como tal, y al cristianismo en particular, que el Profesor. En el panfleto, en el sentido no negativo británico de la palabra, que lanzara en 1927 sobre «Por qué no soy cristiano», y que con tanta atención leyó el Profesor cuando lo recibió en una copia en ciclostil, Russell afirmaba «con total convicción que la religión cristiana organizada como Iglesia ha sido y es aún la principal enemiga del progreso moral en el mundo». El Profesor había encontrado en Russell una apoyatura en el

mundo de la ciencia, su mundo, para considerar que «la religión se basa principalmente en el miedo. En el terror a lo desconocido, y en parte, en el deseo de sentir la presencia de una especie de hermano mayor que nos acompañe en todo momento».

Nuestro padre no era anticristiano, aunque no sentía simpatías por el catolicismo, al menos por su influencia en España a lo largo de siglos. Consideraba que en las enseñanzas del cristianismo había dos valores que sobresalían sobre todos los demás: el amor y la compasión. No el amor a un dios ni el amor de ese dios hacia los hombres, para el cual no había lugar en su visión, sino el amor de las personas hacia otras personas, el amor al prójimo, que Hegel, uno de sus filósofos preferidos, también y tan bien reconoció. Eso sí, discrepaba profundamente del cristianismo en la visión del trabajo como un castigo. Pues él pensaba, en línea con cierta tradición socialista, que el ser humano se realiza en buena parte, aunque no únicamente, a través del trabajo.

El Profesor diferenciaba entre la idea de una vida después de la muerte, que rechazó, y el debate sobre el origen del universo y de las cosas, en el que se interesó con cierta profundidad. Aunque sí confiaba en los avances de la ciencia, no creía que ésta llegaría nunca a la última explicación, la última causa, pues los avances iban demostrando que no había última causa, ni gran diseño.

Todo ello tampoco le convertía en un teísta. Él estaba más cerca de la idea de dios de Einstein, que no hacía prescindible la «hipótesis de dios», que prestaba importancia a lo que llamaba el «algoritmo divino». Pero se acercaba más al *en kai pan*, el todo en uno, de los panteístas. Y le interesaba ese concepto que leyó en los *Vedas* por las dudas que introducía: «Sólo ese dios que ve en lo más alto del cielo: sólo él sabe de dónde viene ese universo, y si fue hecho o no creado. Sólo él sabe, o quizás no lo sepa». Puede

resultar contradictorio, pero, como ya he dicho, en realidad, no le interesaba dios. Lo que le interesó desde joven, y desde un prurito científico, fue la idea del alma. Si no hay alma, decía, el concepto de dios se torna intelectualmente interesante, pero inconsecuente para el humano mortal.

Coincidía con Nietzsche en que, al menos en Occidente, la creencia en el alma ayuda a fortalecer la creencia en dios, mucho más que al revés. A menudo se confunden ambas ideas y cuando la gente dice creer en dios, en lo que realmente está creyendo es en una vida –cualquiera– después de la muerte. A ello se ha prestado mucho la Iglesia. Pero los famosos Diez Mandamientos, recordaba, obligan a creer en dios. Hablan de castigo. No de vida eterna. Sí lo hace el Credo de la Iglesia católica, al hablar de la salvación y de la resurrección de los muertos.

Hay religiones sin dios; pocas. Pero hay pocas religiones sin alma, aunque ha habido algunas sectas judías que aun creyendo en un único dios (algo que, pese a lo que se diga, no era consustancialmente judío al principio), no creían en el alma, solía recordar, aunque de dios no habló en sus libros.

Se consideraba, sin embargo, una persona espiritual, no en su sentido religioso, sino laico, aunque algunos no le entendían cuando hacía esta afirmación y planteaba: «¿Qué hay más espiritual que la investigación científica?». Y no digamos ya la matemática, que él no calificaba como ciencia pues la situaba en una categoría aparte.

El Profesor había investigado a lo largo de todo lo que le dejó la vida –exceptuando la Guerra y esta posguerra–, y muy especialmente con su maestro don Santiago Ramón y Cajal, el cerebro y la mente. Sus propias investigaciones científicas, e incluso culturales con la ayuda de su gran amigo el antropólogo Julio Gual, le habían llevado mucho más lejos, hacia la conclusión de que el alma no sólo no servía para explicar nada, que no es lo mismo que

pensar que no servía para nada, sino que había sido uno de los mayores inventos históricos del hombre. Una invención genial pero, a diferencia de otras, sin base alguna, aunque con consecuencias. Pues no es lo mismo haber nacido con una idea del alma preponderante en el medio social, que sin ella. Como había dicho Russell de la idea de dios: «La mayoría de las personas cree en dios porque se les ha enseñado desde la más temprana infancia a hacerlo, y ésa es la razón principal». Lo mismo ocurre con el alma, según el Profesor.

Cuando una idea se convierte en una creencia con predominio social, entonces incluso los que no creen se comportan a menudo como si creyeran. Pero el Profesor les insistía a sus amigos: no os preocupéis. Del otro lado no hay nada. Y además no os vais a enterar de que no hay nada pues ya no seréis nadie para enteraros. E insistía en la inversión de la carga de la prueba: son los que creen en el alma los que deberían demostrar su existencia. Aunque él se esforzó por lo contrario, en su afán de luchar contra las creencias sin fundamento.

«El alma es una ilusión», solía afirmar. Rechazaba las pseudoexplicaciones basadas en los casos de casi muerte, extrasensoriales y otros. Pero su base no había sido este rechazo, sino sus investigaciones en neurología, ciencia a la que auguraba un enorme futuro que cambiaría la humanidad.

La hipótesis innecesaria –concepto que hasta entonces solían aplicar los ateos a la idea de dios, no a la casi más importante, del alma– había sido el título del libro que había publicado en 1934 y tenido una amplia repercusión en España e incluso fuera. Cosa rara en un libro de un científico español –o de cualquier español–, se había traducido al francés, al alemán (en la Alemania nazi, descreída) y al inglés. Era un libro de divulgación científica, como en aquella época hacían los grandes, y algunos más

pequeños, investigadores, para empezar el más genial de ellos, Albert Einstein, profusamente traducido en España y en Argentina. El Profesor se había basado en investigaciones propias, que había ido publicando en revistas para especialistas, y de otros científicos. Contra sus investigaciones no había chistado demasiado la Iglesia católica. Pero un libro de divulgación sobre este tema había atraído los dardos eclesiásticos, tanto desde España como desde el Vaticano. Pues era peligroso. El Profesor sabía que se enmarcaba en una tendencia mal recibida por algunos sectores más intransigentes. Pero aplicaba aquel principio de su maestro Cajal de que «si quieres dejar algo fuerte y justo ten la hidalguía de escribir como si ningún contemporáneo te fuera a leer». Sin embargo, le leyeron. Algunos que coincidieron con él. Y otros que discreparon y rechazaron su tesis y sus fundamentos.

El Profesor intentó demostrar que nuestras mentes, producto del cerebro avanzado, se pueden explicar por las leyes de la física, por la interacción de células nerviosas y otras, las moléculas asociadas a ellas, y con el cuerpo. Son química y electricidad, son átomos y partículas, y, naturalmente, psicología, que también tiene una base atómica, no inmaterial, pues consideraba que la idea de algo propio, de un yo, un sí mismo –que algunos llaman alma, término que el Profesor no utilizaba en este sentido–, existe como pauta única que representa la esencia de cada persona, aunque pueda cambiar a lo largo de la vida y no ser inmutable. O como le gustaba decir a su amiga María Zambrano, «entre la naturaleza y el yo del idealismo queda ese trozo del cosmos en el hombre que se ha llamado alma». Pero no era ese el concepto de alma que ponía el Profesor en tela de juicio.

Para el Profesor, en línea con el psiquiatra y neuroanatomista suizo Auguste Forel, muerto dos años antes de que su libro saliera a la calle, «el alma y la actividad del

cerebro vivo son lo mismo». El alma es el cerebro vivo. Pero una vez muerto, insistía el Profesor, no queda nada. O mejor dicho, quedan átomos que pasan a ser otra cosa. Y para la afirmación contraria, de que sobrevivía algo en forma de alma, no había base alguna, salvo la pura creencia, la fe ciega, o el rechazo a pensar que el ser humano es menos de lo que pretende ser.

Algunos, criticó en su libro, se han dedicado incluso a «pesar el alma», a pesar al vivo antes de que muera y volver a pesar el cuerpo una vez muerto, para encontrar una diferencia de gramos o de miligramos. Un esfuerzo inútil que tiende a volver una y otra vez, que el Profesor había despreciado con rotundidad científica, y que los religiosos tampoco aceptaban. A principios de siglo un tal doctor Duncan MacDougall, de Haverhill, Massachusetts, en los Estados Unidos, había experimentado con moribundos. Pesó a seis pacientes moribundos, y después de muertos. Aunque sus datos variaran de un caso a otro, la media de la pérdida de peso que había registrado dio 21 gramos, cifra que se ha quedado como uno mito con cierta fuerza.

La hipótesis había salido poco después de la novela corta de don Miguel de Unanuno *Don Manuel Bueno, mártir*, que aunque llegó a la letra impresa anteriormente en una revista, se publicó en forma de libro junto a otros relatos en 1933. Que se sepa el maestro de Salamanca no había seguido las investigaciones del Profesor ni tampoco demasiado las de su maestro don Santiago. Don Manuel Bueno era un sacerdote de pueblo que no creía ni en el alma ni en una vida posterior, pero seguía haciendo como que sí porque consideraba la creencia buena para los demás y la sociedad. Y algo así, como ya he indicado, pensaba a veces el Profesor del alma pues consideraba que creer en el alma podía servir, no a dios, sino a los hombres y mujeres.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: junio 2012

© Andrés Ortega, 2012
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2012
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2012

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 8501-2012
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5156-2
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-989-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)